

El niño desaparece de improviso después de una audiencia en que la ley lo restituye a su verdadero hogar.

Unos gitanos marítimos, que vienen de Finlandia en un barquichuelo destartalado y que roban niños como sus congéneres del sur, pueden habérselo llevado. Así lo deja entender el autor, después de la fantástica explosión de una roca en la costa, donde se ha suicidado, hace siete años, el padre de la segunda encarnación del niño.

¿A qué estas historias truculentas, pero maravillosamente hilvanadas de Bontempelli?

Es el espíritu travieso del autor lombardo que huye, según su concepto del arte, de toda finalidad. Escribe por escribir, pero en su realización pone toda la ciencia de que es capaz un verdadero artista y más si éste posee la cultura clásica de Bontempelli.

Frívolas aventuras, disparatadas concepciones, sucesos irreales, símiles inesperados y brillantes, conviértense, por arte de magia, en las manos de Bontempelli, en algo sólido y admirable, en que los períodos de su prosa están cincelados en sus más mínimos detalles.

Si algún fin pudiera haber guiado este fantaseo modernísimo, a través de cuentos y novelas, sería quizá la de materializar lo inmaterial, dar una vida real a los retazos de sensaciones de la subconciencia, que son como un hálito de la imaginación en reposo.—*Mariano Latorre.*

POESIA

CIENCIA DE LA PALOMA Y TRÉBOL,
por *José Varallanos.*

El gran poeta limeño que no hace mucho nos asombrara con su «Hombre del Ande que asesinó su esperanza», libro de claras metáforas musicales y de hondos balbuceos nerudianos, nos envía ahora un libro de poesía depurada y sintética: «Ciencia de la Paloma y Trébol».

De la amplia exuberancia colorista y melódica de sus poemas andinos nos trae el autor, con éste su nuevo libro, frente a un lenguaje asordinado y blanco en que el sentido poético va muy adentro, en el esqueleto mismo de las construcciones vocales.

Se diría que las palabras no sueñan ya sino más bien vibran tenuemente:

He aquí bajo tu signo
—Plano, figura, sollozo—
Soy el hombre claro
Que canta en madrugada.

En tu aire luzco ritmos
Y son, a coro, aromados.

Flor que se despetalaba
—Forma, esencia vivida—
ay, mi pecho no sonoro.

En mis venas persevera
Latidos la primavera.

Estoy venido a intemperie
Amparado bajo tu guía,
Anhelante de tu brújula.

Nada es mío, ni el mundo
—mínima redondez—
Que busco candoroso;
Sólo es mío el ritmo
que trae el invierno.

Pues—baja ruidoso—oid:
Toca a tu ciudad leve.

Ante tan brusca transformación cabe preguntarnos si nos encontramos frente a uno de esos cambios inesperados en la modalidad de creación artística que suelen raramente presentarse, o bien, si hay un largo proceso intermediario de ensayos y balbuceos inéditos que han venido a dar en una tan alta perfección.

Porque no cabe duda que el poeta nos entrega en este volumen una poesía de quintaesencia, «bidestilada» diríamos si pudiéramos aplicar al léxico un concepto químico.

Veamos si no este poema:

Viven aún en la atmósfera
Sus giros indescifrables;
su cántico y silencio
Traen luces antiguas.

Disipando el espacio
Podríase nombrarla.

Flujo de lo percedero
Aquilato su categoría.

Por ella es que mi canto
—rumbándose en declive—
Ha de poner duro rol
Al caracol y mariposa

Mi dedo manufactura
—oh mínimas sonoridades—
música para su oído.

Esté toda invisible,
límite ya extrañable.

La mudez propia la rodee!

Sólo encontramos una lejana similitud en esta poesía con la del período último de Juan Ramón Ji-

ménez, pero hay aquí una mayor pureza en los colores de acuarelas, y una más suave música de cristales.

Parece que los espacios vacíos, las palabras no dichas, los espacios en blanco vibraran alada, pero cautelosamente:

Sístole de toda luz,
plenitud inadvertida.

Sol y candela brillan,
en afueras, en adentros.

Vibra el agua tierna,
radio resuena, lejano;
silba el viento colegial
yaraví de días queridos.

Pájaros de cristal sumo
picotea rocío en tu palma,
crece mundo a mi palabra,
tiempo mínimo en relojes.

Entre canción y recuerdo
el silencio, interpuesto.

Después de los «Boletines de Mar y Tierra» de Jorge Carrera Andrade, el gran ecuatoriano de las metáforas suaves y aprisionadas en pequeños estuches, es el libro de Varallanos sin duda, la nota más alta y más pura que da este año la lírica indoamericana.

Cada poema encierra un esfuerzo de síntesis armoniosa y de auto-depuración.

Todo lo superfluo y circunstancial ha sido eliminado. Toda estridencia o excesiva resonancia, eliminada.

Primavera del mundo, tuya
abierto a sentidos puro.

Allí la vida es firme,
la soledad se quebranta
y, quenas de niños dulces
apagan sollozos, olvidos.

El árbol representativo,
libre, estira los brazos;
florece nidos imprevistos,
y, la noche, en fuga, empuja
paisaje hacia tu pantalla.

Cae la estrella, olorosa,
para prenda minúscula.

Angeles tañen arroyos,
destinos de gacelas y lirios.
Inéditas páginas melódicas.

Sólo queda el poema, desnudo y
suave, como el cuerpo de una niña
adolescente en la fuente de un jar-
dín con sol.

De trecho en trecho la fantasía
cazadora de imágenes del «Hom-
bre del Ande que asesinó su espe-
ranza» asoma entre los renglones
con un hallazgo detonante entre los
labios.

Pero el poeta sabe pulirla, dete-
nerla en su impetuoso salto. Surge
entonces la metáfora ligera y so-
bria, como si caminara sobre los
pies descalzos, en puntillas, o como
si quisiera cuchichear en nuestro
oído:

Raqueta: guitarra nueva
Vibra en la intemperie...

O bien:

Se enciende en la pila
cándida agua indefinida...

O más adelante:

Silba el viento colegial,
Yaraví de los días queridos...

O ese poema XIX que no podría
fragmentarse:

Luna, luna en tu ropero,
amanecer en tus manjares.

Tengo guardados ríos
cogidos por mis manos

El mar late, muy cerca,
sus barcos jubilosos
y el silencio perfecto
alza brisa o gaviota leve.

Yo repito, alucinado,
cancioncillas redondas:
puras por unos labios
no gastados en palabras.

Con este libro Varallanos se ade-
lanta muy largo trecho en la evo-
lución de la poesía creacionista y
metafórica americana, que camina
lentamente en busca de síntesis y
compresión.—*Juan Marín.*

POEMAS DE LA VÍSPERA, por *Car-
los A. Barry.*

De vanguardia, de plena van-
guardia el libro de este novel escri-
tor argentino.

Cierta riqueza de vocabulario,
imágenes con relativa novedad en
ocasiones, y siempre la clásica de-
sarticulación ideológica común a la
mayoría de los vanguardistas.

Sólo uno o dos poemas del libro
tienen una idea de centro, espina
dorsal, como si dijéramos; la ma-
yoría aparecen como esqueletos a los
cuales el autor no supo dar soplos
vitales.

Es curioso este afán de no preci-
sar ni siquiera la belleza, tal como
se la entiende. Porque no se me diga
que esta vaguedad, estos balbuceos